

EL SILENCIO DEL MAR

*En memoria de Saint-Pol-Roux,
poeta asesinado¹.*

FUE precedido por un gran despliegue de aparato militar. Primero, dos soldados, los dos muy rubios, uno desgarbado y flaco, el otro fornido, con manos de picapedrero. Miraron la casa, sin entrar. Después vino un suboficial. El soldado desgarbado lo acompañaba. Me hablaron en lo que suponían que era francés. No entendí una palabra. Sin embargo, les mostré las habitaciones libres. Parecieron satisfechos.

A la mañana siguiente, un automóvil del ejército, gris y enorme, penetró en el jardín. El chófer y un militar joven, delgado, rubio y sonriente, descargaron dos cajas y un gran bulto envuelto en tela gris. Lo subieron todo a la habitación más amplia. El vehículo se marchó, y pocas horas más tarde oí pasos de caballos. Aparecieron tres jinetes. Uno de

¹ Saint-Pol-Roux: seudónimo literario de Paul-Pierre Roux (1861-1940), poeta francés, nacido en Marsella, autor, entre otras muchas obras, de *Mort du Persée* y *Reposoirs des processions* (3 vols.). La noche del 22 de junio de 1940, un soldado alemán borracho invadió su hogar, atacó a sus moradores, hirió gravemente a su hija de un balazo, destruyó su biblioteca y quemó sus manuscritos inéditos. Afectado por todo ello, el anciano escritor fue trasladado a un hospital de Brest, donde murió el 18 de octubre. Vercors no había llegado a conocer personalmente a Saint-Pol-Roux; pero fue informado de lo acontecido por el dramaturgo Charles Vildrac.

ellos echó pie a tierra y fue a visitar la vieja construcción de piedra. Volvió, y todos, hombres y caballos, entraron en el granero que me sirve de taller. Vi más tarde que habían metido el soporte de mi banco de carpintero entre dos piedras, en un agujero de la pared, atado una cuerda al soporte, y los caballos a la cuerda.

Durante dos días no pasó nada más. No volví a ver a nadie. Los jinetes salían temprano con sus caballos, regresaban por la noche y se acostaban en la paja con la que habían hecho sus camastros.

Luego, el tercer día por la mañana, volvió el gran automóvil. El joven sonriente se echó al hombro un voluminoso baúl y lo llevó a la habitación. Cogió después su mochila y la depositó en la habitación vecina. Descendió y, dirigiéndose a mi sobrina en un correcto francés, le pidió sábanas.

Fue mi sobrina la que acudió a abrir cuando llamaron a la puerta. Acababa de servirme el café, como todas las noches (el café me hace dormir). Yo estaba sentado al fondo del cuarto, en una relativa penumbra. La puerta da al jardín, al mismo nivel. A lo largo de toda la casa se extiende una franja de baldosas rojas muy cómoda cuando llueve. Oímos los pasos, el ruido de los tacones sobre las baldosas. Mi sobrina me miró y dejó su taza. Yo sostuve la mía en mis manos.

Era de noche, no hacía mucho frío: aquel noviembre no fue muy frío. Vi la inmensa silueta, la gorra de plato, el impermeable echado sobre los hombros como una capa.

Mi sobrina había abierto la puerta y permanecía en silencio. Había dejado la puerta abierta contra la pared y ella misma se apoyaba en la pared, sin mirar nada. Yo bebía mi café a pequeños sorbos.

El oficial, en la puerta, dijo: «Con permiso». Hizo una leve inclinación de cabeza. Parecía medir el silencio. Después entró.

Deslizó la capa hasta su antebrazo, saludó militarmente y se descubrió. Se volvió hacia mi sobrina y sonrió discretamente e inclinando muy ligeramente el busto. Luego, me miró de frente e hizo una reverencia más pronunciada. Dijo: «Me llamo Werner von Ebrennac». Tuve tiempo de pensar, muy deprisa: «El nombre no es alemán. ¿Descendiente de emigrado protestante?»². Añadió: «Lo lamento».

² A consecuencia de la revocación en 1685 del Edicto de Nantes, por el que Enrique IV había establecido en 1589 la libertad de cultos, más de

Esta última frase, pronunciada con voz cansina, cayó en el silencio. Mi sobrina había cerrado la puerta y seguía apoyada en la pared, mirando con fijeza hacia adelante. Yo no me había levantado. Deposité lentamente mi taza sobre el armonio, crucé las manos y esperé.

El oficial continuó:

—Naturalmente, esto era necesario. Lo habría evitado si hubiera sido posible. Creo que mi ordenanza hará todo lo que pueda para que estén ustedes tranquilos.

Estaba de pie en medio de la habitación. Era muy alto y delgado. Levantando el brazo habría tocado las vigas del techo.

Su cabeza se inclinaba ligeramente hacia adelante, como si el cuello no estuviera plantado entre los hombros, sino en la parte superior del pecho. No estaba encorvado, pero lo parecía. Sus caderas y sus hombros estrechos eran impresionantes. El rostro era hermoso. Viril y marcado por dos grandes depresiones a lo largo de las mejillas. No se le veían los ojos, ocultos por la penumbra del soportal. Me parecieron claros. Los cabellos eran rubios y suaves, peinados hacia atrás, y brillaban sedosos a la luz de la lámpara.

El silencio se prolongaba. Se hacía cada vez más espeso, como la niebla de la mañana. Espeso e inmóvil. La inmovilidad de mi sobrina, y sin duda también la mía, hacían más pesado ese silencio, como de plomo. El mismo oficial, desorientado, permanecía inmóvil; hasta que al fin vi nacer una sonrisa en sus labios. Era una sonrisa grave y sin rastro alguno de ironía. Esbozó un gesto con la mano, cuyo significado no capté. Sus ojos se posaron en mi sobrina, siempre tensa y rígida, y pude observar con tranquilidad su perfil poderoso, su nariz prominente y delgada. Vi brillar, entre sus labios semiabiertos, un diente de oro. Movié al fin los ojos y miró el fuego de la chimenea y dijo:

medio millón de hugonotes abandonaron Francia y se establecieron en países que gozaban de tolerancia religiosa (Holanda, Suiza, Alemania).

—Siento una gran estima por las personas que aman a su patria —y levantó bruscamente la cabeza y clavó la mirada en el ángel esculpido sobre la ventana—. Ahora me gustaría subir a mi habitación —dijo—. Pero no conozco el camino.

Mi sobrina abrió la puerta que da la pequeña escalera y comenzó a subir los peldaños, sin dirigir una mirada al oficial, como si hubiera estado sola. El oficial la siguió. Vi entonces que tenía una pierna rígida.

Oí que atravesaban la antesala; los pasos del alemán resonaron en el pasillo, alternativamente fuertes y débiles; se abrió una puerta, luego se cerró. Mi sobrina regresó. Volvió a coger su taza y continuó bebiendo su café. Encendí una pipa. Permanecimos silenciosos algunos minutos. Dije: «Gracias a Dios, tiene un aspecto correcto». Mi sobrina se encogió de hombros. Echó sobre sus rodillas mi chaqueta de terciopelo y concluyó el remiendo invisible que había empezado a coser.

A la mañana siguiente, el oficial bajó de su habitación cuando nosotros tomábamos el desayuno en la cocina. Otra escalera conduce hasta allí, y no sé si el alemán nos había oído o si tomó ese camino por azar. Se detuvo en el umbral y dijo: «He pasado muy buena noche. Quisiera que ustedes también hubieran pasado buena noche». Miraba la amplia habitación, sonriendo. Como teníamos poca leña y aún menos carbón, la había repintado y habíamos llevado algunos muebles, cobres y platos antiguos para hacer allí nuestra vida durante el invierno. Examinaba la habitación, y se veía brillar el borde de sus dientes, muy blancos. Observé que sus ojos no eran azules, como había creído, sino dorados. Al fin, atravesó la habitación y abrió la puerta que da al jardín. Avanzó dos pasos y se volvió para contemplar nuestra gran casa baja, cubierta de parras, con viejas tejas oscuras. Su sonrisa se abrió sin reservas.

—Su viejo alcalde me había dicho que me alojaría en el castillo —dijo, señalando con el revés de la mano la pretenciosa construcción que los árboles dejaban ver en lo alto de la colina—. Felicitaré a mis hombres por haberse equivocado. Éste es un palacio mucho más hermoso.

Después cerró la puerta, nos saludó a través de los cristales y se fue.

Volvió por la noche a la misma hora que la víspera. Estábamos tomando nuestro café. Llamó a la puerta, pero no esperó a que mi sobrina le abriera. Abrió él mismo. «Temo que les molesto —dijo—. Si ustedes lo prefieren, pasaré por la cocina: así podrán cerrar esta puerta con llave». Cru-

zó la habitación y se detuvo un momento con la mano en el picaporte, observando los diversos rincones de la estancia. Por fin, inclinó ligeramente el busto: «Les deseo buenas noches», y salió.

Nunca cerramos la puerta con llave. No estoy seguro de que las razones de esa abstención fueran muy claras ni muy puras. Por un acuerdo tácito, mi sobrina y yo habíamos decidido no cambiar nada en nuestra vida, ni el más mínimo detalle: como si el oficial no existiera, como si hubiera sido un fantasma. Pero es posible que otro sentimiento se mezclara en mi corazón con esta decisión: no puedo ofender a un hombre sin sufrir, aunque sea mi enemigo.

Durante mucho tiempo —un mes— se repitió la misma escena cada día. El oficial llamaba a la puerta y entraba. Pronunciaba algunas palabras sobre el tiempo, la temperatura o algún otro tema de la misma importancia: temas cuya característica común era que no exigían respuesta. Se demoraba siempre un poco en el umbral de la pequeña puerta. Miraba a su alrededor. Una sonrisa muy ligera revelaba el placer que parecía producirle este examen: el mismo examen cada día y el mismo placer. Sus ojos se detenían en el perfil inclinado de mi sobrina, indefectiblemente severa e insensible, y cuando finalmente apartaba su mirada, yo estaba seguro de poder leer en ella una especie de aprobación sonriente. Luego, inclinándose, decía: «Les deseo buenas noches», y salía.

Las cosas cambiaron bruscamente una noche. Afuera caía una nieve fina mezclada con lluvia, terriblemente glacial y humedecedora. Yo hacía arder en el hogar unos gruesos leños que conservaba para esa clase de días. A pesar mío, imaginaba al oficial en el exterior, el lamentable aspecto que tendría al entrar. Pero no entró. Hacía un buen rato que había transcurrido la hora de su llegada, y me molestaba reconocer que seguía ocupando mis pensamientos. Mi sobrina cosía lentamente, con aire muy aplicado.

Al fin se dejaron oír sus pasos. Pero venían del interior de la casa. Reconocí, por su sonido desigual, el caminar del

oficial. Comprendí que había entrado por la otra puerta y que venía de su habitación. Sin duda no había querido presentarse ante nuestros ojos con un uniforme empapado y sin prestancia: antes se había cambiado.

Los pasos —uno fuerte, uno débil— bajaron la escalera. Se abrió la puerta y apareció el oficial. Vestía de paisano. El pantalón era de espesa franela gris; la chaqueta, de mezcla de lana azul acero salpicada de manchas castaño oscuro. Era ancha y larga, y caía con un descuido lleno de elegancia. Bajo la chaqueta, un jersey de gruesa lana cruda moldeaba el torso fino y musculoso.

—Perdónenme —dijo—. No tengo calor. Estaba muy mojado, y mi habitación es muy fría. Me calentaré unos minutos junto a su fuego.

Se puso en cuclillas con dificultad ante la chimenea y extendió las manos. Les daba la vuelta una y otra vez. Decía: «¡Bien...! ¡Bien...!». Se volvió y quedó de espaldas al fuego, siempre en cuclillas, con una rodilla entre sus brazos.

—Esto no es nada —dijo—. El invierno en Francia es una estación suave. En mi tierra es muy duro. Mucho. Los árboles son abetos, bosques apretados; allá la nieve es pesada. Aquí los árboles son finos. La nieve, sobre ellos, es como un encaje. En nuestra tierra pensamos en un toro, recio y poderoso, que necesita su fuerza para vivir. Aquí existe el ingenio, el pensamiento sutil y poético

Su voz era bastante opaca, muy poco timbrada. El acento era ligero, sólo perceptible en las consonantes duras. El conjunto parecía más bien una especie de murmullo cantado.

Se levantó. Apoyó el antebrazo en el dintel de la alta chimenea y la frente en el dorso de su mano. Era tan alto que tenía que inclinarse un poco; yo no llegaría ni a rozar el dintel con la cabeza.

Permaneció inmóvil bastante tiempo, sin moverse y sin hablar. Mi sobrina cosía con una vivacidad mecánica. No

posó los ojos sobre él ni una sola vez. Yo fumaba, medio tumbado en mi cómodo y amplio butacón. Pensaba que el peso de nuestro silencio no podía ser alterado. Que el hombre iba a saludarnos y marcharse.

Pero el murmullo opaco y melodioso se elevó de nuevo; no puede decirse que rompiera el silencio, sino más bien que hubiera nacido de él.

—Siempre he amado a Francia —dijo el oficial, sin moverse—. Siempre. En la otra guerra, yo era un niño, y no cuenta lo que pensara entonces. Pero después la he amado siempre. Aunque la amaba de lejos. Como a la Princesa Lejana —hizo una pausa antes de decir gravemente—: A causa de mi padre.

Se volvió y, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, se apoyó en la jamba de la chimenea. Su cabeza rozaba un poco la repisa. De cuando en cuando se frotaba lentamente la nuca, con un gesto natural, como el de un ciervo. Había un sillón a su alcance, muy cerca de él. Nunca se sentó. Hasta el último día no se sentó jamás. Nunca se lo ofrecimos, y él no hizo jamás nada que pudiera pasar por familiaridad.

Repitió:

—A causa de mi padre. Era un gran patriota. La derrota le produjo un violento dolor. Sin embargo, amó a Francia. Amó a Briand³, creía en la República de Weimar y en Briand. Era muy entusiasta. Decía: «Nos va a unir, como marido y mujer». Pensaba que por fin el sol iba a brillar sobre Europa...

³ Aristide Briand (1862-1932): hombre de leyes y político francés, progresista y eminentemente pacifista, fue once veces presidente del Gobierno y fundó con Jean Jaurès el diario *L'Humanité*. Firmó el pacto de Locarno en 1925 con el alemán Gustave Stresemann y el inglés Chamberlain; y en 1928, el convenio Briand-Kellogg. En 1926 recibió el Premio Nobel de la Paz. Profundamente admirado por Vercors, éste escribió su biografía: *Moi, Aristide Briand* (Éd. Plon, 1981).

Al hablar, miraba a mi sobrina. No la miraba como un hombre mira a una mujer, sino como quien mira a una estatua. Y, en efecto, era una estatua. Una estatua animada, pero una estatua.

—... Pero Briand fue vencido. Mi padre vio que Francia estaba aún dirigida por sus grandes y crueles burgueses..., gentes como sus Wendel, sus Henry Bordeaux y su viejo Mariscal⁴. Me dijo: «Nunca deberás ir a Francia antes de poder entrar con botas y casco». Tuve que prometérselo, pues se hallaba a punto de morir. Al comenzar la guerra, yo conocía toda Europa, salvo Francia.

Sonrió y dijo, como si eso hubiera sido una explicación:
—Soy músico.

Un leño se deshizo y las brasas cayeron fuera del hogar. El alemán se inclinó y recogió las brasas con unas tenacillas. Prosiguió:

—No soy ejecutante: compongo música. Eso es toda mi vida, y, por eso, me siento ridículo al verme como hombre de guerra. Sin embargo, no lamento esta guerra. No. Creo que de esto saldrán grandes cosas...

Se levantó, sacó las manos de los bolsillos y las mantuvo un poco en alto:

—Perdónenme: quizás he podido herirlos. Pero lo que decía lo pienso de buena fe: lo pienso por amor a Francia. Saldrán grandes cosas para Alemania y para Francia. Creo, como mi padre, que el sol va a brillar sobre Europa.

Dio dos pasos e inclinó el busto. Como todas las noches, dijo: «Les deseo buenas noches». Después salió.

⁴ La familia Wendel dominó desde el siglo XVIII hasta la Segunda Guerra Mundial la minería y las industrias metalúrgicas de Lorena. Henry Bordeaux (1870-1963) fue un abogado y escritor saboyano, católico y de ideas conservadoras. El «viejo Mariscal» es, obviamente, Philippe Pétain (1856-1951), héroe de Verdún en 1916, firmante del armisticio con Hitler en 1940 y presidente del gobierno colaboracionista de Vichy.

Terminé silenciosamente mi pipa. Tosí un poco y dije: «Tal vez sea inhumano negarle el óbolo de una sola palabra». Mi sobrina levantó el rostro. Alzó mucho las cejas sobre sus ojos brillantes e indignados. Sentí que casi me ruborizaba.

Desde aquel día sus visitas fueron de ese estilo. Salvo muy raras veces, sólo lo vimos vestido de paisano. Se cambiaba primero y luego llamaba a nuestra puerta. ¿Era para ahorrarnos la visión del uniforme enemigo? ¿O para hacer que lo olvidáramos, que nos acostumbráramos a su persona? Las dos cosas sin duda. Llamaba, y entraba sin esperar una respuesta que sabía que no daríamos. Lo hacía con la más candorosa naturalidad, y venía a calentarse a la chimenea, lo que era el pretexto constante de su venida: un pretexto que no nos engañaba ni a él ni a nosotros, y que él no intentaba siquiera ocultar su carácter cómodamente convencional.

No venía todas las noches; pero no recuerdo ni una sola en que se despidiera sin haber hablado. Se inclinaba sobre el fuego y, mientras ofrecía al calor de la llama alguna parte de sí mismo, su voz ronca se elevaba suavemente, y a lo largo de esas veladas, los temas que poblaban su corazón—su país, la música, Francia— formaban un interminable monólogo; porque ni una sola vez intentó obtener de nosotros una respuesta, una aquiescencia o al menos una mirada. No hablaba durante mucho tiempo, nunca mucho más que la primera noche. Pronunciaba algunas frases, rotas a veces por silencios, a veces encadenadas con la monótona continuidad de una plegaria. A veces, inmóvil contra la chimenea, como una cariátide, a veces, acercándose, sin interrumpirse, a un objeto, a un dibujo en la pared. Después se callaba, se inclinaba y nos deseaba las buenas noches.

Una vez (en una de sus primeras visitas) dijo:

—¿Dónde está la diferencia entre el fuego de mi casa y éste? Seguramente la leña, la llama, la chimenea se asemejan. Pero no la luz. Depende de los objetos que ilumina..., de los habitantes de este cuarto, de los muebles, de las paredes, de los libros en los estantes...

»¿Por qué me gusta tanto este cuarto? —dijo, pensativamente—. No es tan bello..., perdónenme —rio—: Quiero decir que no es una pieza de museo... De estos muebles no se puede decir: son maravillas... No... Pero este cuarto tiene un alma. Toda esta casa tiene un alma.

Estaba junto a los estantes de la biblioteca. Sus dedos recorrían los lomos de los libros con una ligera caricia.

—... Balzac, Barrès, Baudelaire, Beaumarchais, Boileau, Buffon... Chateaubriand, Corneille, Descartes, Fénelon, Flaubert... La Fontaine, France, Gautier, Hugo... ¡Qué lista! —dijo con una risa ligera y moviendo la cabeza—. ¡Y sólo he llegado a la letra H! Ni Molière, ni Rabelais, ni Racine, ni Pascal, ni Stendhal, ni Voltaire, ni Montaigne..., ¡ni todos los demás! —seguía deslizando lentamente los dedos a lo largo de los libros y, de trecho en trecho, dejaba escapar un imperceptible «¡Ah!» cuando, supongo, leía un nombre que no esperaba encontrar—. Los ingleses —continuó—, e inmediatamente uno piensa: Shakespeare. Los italianos: Dante. España: Cervantes. Y nosotros, en seguida: Goethe. Después, hay que buscar. Pero si decimos: ¿Y Francia? Entonces, ¿quién surge al instante? ¿Molière? ¿Racine? ¿Hugo? ¿Voltaire? ¿Rabelais? ¿Algún otro? Se apretujan, son como una muchedumbre a la entrada de un teatro, no se sabe a quién dejar entrar primero.

Se volvió y dijo gravemente:

—Pero en cuanto a la música, sucede lo mismo entre nosotros: Bach, Beethoven, Wagner, Mozart..., ¿qué nombre es el primero?

»¡Y nos hemos hecho la guerra! —dijo lentamente, moviendo la cabeza. Se acercó de nuevo a la chimenea, y sus

ojos sonrientes se posaron en el perfil de mi sobrina—. ¡Pero es la última! ¡No lucharemos más: nos casaremos!

Sus párpados se plegaron, las depresiones de los pómulos se transformaron en dos largos hoyuelos, aparecieron sus dientes blancos. Dijo alegremente:

—¡Sí! ¡Sí! —una leve inclinación de cabeza ratificó la afirmación—. Cuando entramos en Saintes⁵ —prosiguió tras un silencio—, me sentí feliz porque la población nos recibía bien. Me sentía muy feliz. Pensaba: esto será fácil. Y luego vi que aquello no era así, que era cobardía —se había puesto serio—. Desprecié a aquellas gentes. Y sentí temor por Francia. Pensaba: ¿Francia se ha convertido *verdaderamente* en esto? —sacudió la cabeza—. ¡No! No. Lo vi en seguida; y ahora me siento feliz ante su rostro severo.

Su mirada se dirigió hacia la mía —que desvié—, se detuvo un poco en diversos puntos de la habitación y luego volvió de nuevo hacia el rostro de mi sobrina, despiadadamente insensible, que había dejado de mirar.

—Me siento feliz por haber encontrado aquí un anciano digno. Y una joven silenciosa. Será preciso vencer ese silencio. Será preciso vencer el silencio de Francia. Eso me agrada.

Miraba a mi sobrina, su perfil puro, obstinado y hermético, en silencio y con una grave insistencia en la que, sin embargo, aún flotaban los restos de una sonrisa. Mi sobrina lo notaba. La vi ruborizarse ligeramente, y un pliegue se formó poco a poco entre sus cejas. Sus dedos tiraban demasiado enérgicamente, con demasiada violencia, de la aguja, corriendo el riesgo de romper el hilo.

—Sí —prosiguió la lenta voz opaca—, es mejor así. Mucho mejor. Eso hace uniones sólidas..., uniones en las que cada una de las partes adquiere grandeza... Hay un cuento muy bonito para niños, que yo he leído, que ustedes han

⁵ Saintes: pequeña ciudad de la Charente-Maritime, al sudeste de La Rochelle.

leído, que todo el mundo ha leído. No sé si el título es el mismo en los dos países. En el mío se llama *Das Tier und die Schöne*⁶..., *La Bella y la Bestia*. ¡Pobre Bella! La Bestia la tiene a su merced, impotente y prisionera, y le impone a todas las horas del día su implacable y agobiante presencia... La Bella es orgullosa, digna..., se ha endurecido... Pero la Bestia vale más de lo que parece. ¡Oh, no ha sido muy bien educada! Es torpe, brutal, parece muy zafia al lado de la Bella, ¡que es tan fina...! Pero tiene corazón, sí, tiene un alma que aspira a elevarse. ¡Si la Bella quisiera...! La Bella tarda mucho tiempo en querer. Sin embargo, poco a poco descubre que en el fondo de los ojos de su odiado carcelero hay una luz..., un reflejo donde pueden leerse la súplica y el amor. Y siente menos la garra opresora, las cadenas de su prisión... Deja de odiar. Su constancia la conmueve, le tiende su mano... Inmediatamente, la Bestia se transforma, el sortilegio que la mantenía bajo aquel bárbaro pelaje se ha disipado: ahora es un caballero muy hermoso y muy puro, culto y delicado, al que cada beso de la Bella otorga cualidades siempre más deslumbrantes... Su unión produce una felicidad sublime. Sus hijos, que reúnen y combinan los dones de sus padres, son los más bellos que hayan nacido en el mundo...

»¿No les gusta este cuento? A mí siempre me gustó. Lo releía sin cesar. Me hacía llorar. Quería sobre todo a la Bestia, porque comprendía su dolor. Todavía hoy me emociono cuando hablo de él.

Se calló, respiró con fuerza y se inclinó:

—Les deseo buenas noches.

⁶ Literalmente: *La Bestia y la Bella*. Aunque Von Ebrencac cita el título alemán, se trata de un antiguo cuento infantil de origen europeo indeterminado. Algunos eruditos lo consideran derivado del episodio amoroso de Cupido y Psique contenido en las *Metamorfosis (Asno de Oro)*, del poeta latino Apuleyo (siglo II d.C.). En Francia, se atribuyó su autoría a Marie-Pauline Leprince de Beaumont, bisabuela materna de Prosper Mérimée.